

VENEZOLANIDAD Y TRADICIÓN*

Mario Briceño-Iragorry

En alguna oportunidad anterior dejé escrito que tradición es comunicación, movimiento, discurso. Valor conceptual de entrega tiene la palabra en el orden jurídico. Muchos, en cambio, han dado en la flor de entender que tradición es un estático permanecer en la contemplación fetichista del pasado. Si fuésemos a examinar el valor de todos los conceptos en juego, aun llegaríamos a la necesidad de definir qué cosa sean el pasado y la Historia. Algunos miran el pasado como cosa muerta y a la Historia como un cuento de muertos.

Mi posición es otra. Yo veo en el pasado un proceso, cuya actual expresión es el presente, y miro en la Historia la relación anterior de una vida que muda. Sostengo que sin el conocimiento de lo anterior y sin el mantenimiento de los valores que va contruyendo lentamente la cultura de cada sociedad, no existe el pueblo como entidad histórica.

Los pueblos surgieron como tales cuando tuvieron conciencia de su pasado y buscaron de prolongarla hacia el futuro. El egipcio extremó su voluntad de dominio hasta lograr la momia como reto a lo perecedero. Los griegos, elevados sobre el concepto de la material permanencia del hombre, crearon valores universales que aún los mantienen en

el goce de autoridad suprema en el campo de la cultura. Pueblo que no aspira a perpetuar sus signos a través de las generaciones futuras, es pueblo aún sin densidad histórica o colectividad ya en decadencia.

Como yo he juzgado que los venezolanos desean la continua vigencia de la Patria en el orden de los tiempos futuros, he abogado fervorosamente por la necesidad de defender las líneas determinantes de nuestra tradición, es decir, los valores sutiles imponderables que dan fisonomía diferencial a la Nación. También en diversas oportunidades he expresado la idea de que “no forma parte del sentido de la tradición al aceptar todo lo que venga del pasado y obrar de acuerdo con el sistema que se desprenda de la imitación de los hechos cumplidos por nuestros antecesores. Esto es tanto como cultivar un espíritu negado a todo progreso. Para que la tradición mantenga su fuerza creadora, es necesario que sufra una prudente revalorización que la quintaesencie para la ejemplaridad”. Defender la tradición como dimensión creadora, no es negar el progreso. Es acondicionar éste a la permanencia de lo esencial y fisonómico nuestro. Creo que no se tendría por cuerdo al propietario que intentase introducir un fastuoso automóvil a través de la modesta puerta de su habitación.

* Los tres artículos *Venezolanidad y tradición; Lexico para antinacionalistas: La guía para el injer-to* fueron tomados del libro *Páginas*. Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1989. Pág. 65-78.

Primero ha de acondicionar la entrada, para que ni sufra la vivienda ni se dañe el hermoso vehículo. Trasladado el caso al orden del progreso general, primero debe abroquelarse la conciencia histórica del pueblo que va a recibir el empuje progresivo de las nuevas formas de cultura. Yo he sostenido y lamentablemente creo que habré de continuar sosteniéndolo, que el desquiciamiento sufrido por la conciencia nacional en razón del violento y mal acondicionado cambio de nuestra economía agrícola en economía minera, radica en gran parte en haber carecido nuestro pueblo de fuerzas resistentes que hubiesen defendido a tiempo los valores de la nacionalidad. Con ello no adhiero a ninguna tesis pesimista ni retrógrada.

Sería una actitud incauta abrir todas las posibilidades a la violencia de los tránsitos, muy más cuando en dichos cambios se juega el propio destino político de la Nación. Clásico es el elogio de los bajeles y de las caravanas del comercio antiguo, que transportaron junto con la sedería la cultura que viajaba en libros y en papiros. Hoy sería difícil aplicar al nuevo comercio el elogio romántico que le prodigaron los antiguos. El proceso hoy es de muerte segura para los pequeños países de economía retrasada y de endebles formas culturales. Vienen, sí, valores nuevos de civilización, pero con ellos un propósito de servirse, para fines foráneos, del trabajo mal pagado de nuestros obreros, y de aprovechar, con mengua de nuestras posibilidades, las grandes riquezas de nuestro suelo.

El sano y discreto venezolanismo que yo procuro defender por medio de la exaltación de nuestros valores tradicionistas, es la idónea barrera que puede defendernos de la acechanza continua del imperialismo industrial, que intenta hacer de nuestra vieja América española un cambio anárquico, confuso, heterogéneo, donde medren a todas anchas los intereses antinacionales de los absorbentes imperios.

Jamás hemos pensado los defensores de la tradición que nuestro pueblo debe mantenerse fiel al viejo tinajero que surtió

las casas de Miranda y de Bolívar. Nosotros queremos, al contrario, que en la casa de todo venezolano funcione una limpia nevera, cuya moderna e higiénica frialdad no entumezca la personalidad altiva, vigorosa, independiente del hombre que sienta orgullo en llamarse venezolano. Del hombre convencido de que ser venezolano no es ser un afortunado vendedor de hierro o de petróleo, sino un legítimo y digno sucesor en el orden de la Historia, de los hombres audaces y valientes que hicieron la libertad republicana de un continente.

(1953)